

SECCION III.—Variedades.

SERMON

DE SAN FELIPE NERI.

La cátedra de *Elocuencia sagrada teórico-práctica*, establecida el año pasado por el Illmo. Sr. Arzobispo para los ordenandos del Seminario Conciliar, bajo la dirección del distinguido orador, M. R. Provincial de agustinos, Fr. Manuel Rodriguez, comenzó ya á dar ópimos frutos.—Uno de sus alumnos, el jóven Bachiller en Sagrada Teología y Cánones, Subdiácono D. Jesus Alonso, pronunció en el acto público de la misma cátedra, al fin de este año escolar, delante del Illmo. Prelado y de muy selecta concurrencia, el discurso que con acuerdo de S. S. Illma. damos á luz hoy, para engalanar nuestras columnas.

LOS EDITORES.

Nimis horificati sunt amici tui Deus.—Ps. 138, v. 15.

Tus amigos, ¡oh Dios! son inmensamente glorificados.—Ps. 138, v. 15.

Illmo. Sr.—Señores:

Cuando yo contemplo cualquiera de las mil y mil maravillas que nos presenta la santa religion católica, que por dicha profeso, siento que mi amor y mi veneracion hácia ella crecen has-

ta no tener límite, y hallo que mi adhesion y mi fé y mis convicciones religiosas, son lo único que hay grande y sublime para mí mismo, aquí sobre la tierra: son ellas mi alegría, el sosten de mi vida y el todo de mi ser. Yo puedo, al reflexionar que soy católico, levantar mi frente con noble altivez para decir á los infortunados que no aman cual yo á esa religion santísima: Ni vosotros, ni ninguna de vuestras falsas religiones, han sabido nunca presentar ante el mundo héroes tan grandes como los nuestros, ni hechos tan gloriosos como los de nosotros. Vosotros sofocais los más generosos y levantados sentimientos del humano espíritu: nosotros, en alas de la fé católica, subimos hasta aquella morada donde Dios habita. Vosotros sois como el espectro de la muerte que hiela y mata cuanto toca; mientras que á nosotros nos es dado decir con Jesucristo á todo cuanto se rosa con la religion: *Surge qui dormis. Tú que duermes, levánte.*” Sí, y llevamos por todas partes la luz la verdad y la vida, porque vamos armados de la fé, porque caminamos en brazos de la Religion, que vuela por la redondez toda de la tierra.

Yo, señores, vengo hoy á celebrar con vosotros los triunfos de la religion católica, presentando á vuestra consideracion la figura grandiosa de uno de nuestros héroes, que vivió en el siglo diez y seis, y cuya memoria se registra aun en los fastos del cristianismo, y cuyo recuerdo se conserva

Tus amigos, ¡oh, Dios! son inmensamente glorificados.
(Ps. en el lugar citado.)

Felipe es uno de esos hombres providenciales que se ostentan á la faz del mundo entero como la manifestacion de la grandeza misma de Dios, en cuanto es capaz de manifestarla una criatura. Oíd, señores, su historia:

Era el siglo XVII, corria el año vigésimo primero de ese siglo tan fecundo en grandes y funestos acontecimientos para la Iglesia de Dios, cuando vió por vez primera, la luz de este mundo, aquel que más tarde debia ser una antorcha de la humanidad. ¡Qué época, señores! Yo miro con horror sus desastres, pero al mismo tiempo admiro y con profunda veneracion adoro la infinita sabiduría de Dios Nuestro Señor. No terminaba aún la primera mitad del referido siglo, y aquella parte de nuestro globo, que poco antes mereciera el renombre de tierra de los santos, está ya convertida en teatro del protestantismo. Ahí aparece éste como un monstruo horrendo, que quiere con un solo golpe arrancar la vida espiritual á la humanidad entera. En tales circunstancias, de la bondad divina era, en cierto modo—permítaseme la expresion—un deber, el salvar á la humanidad acometida, y de hecho la salva; pero ved cuán grandiosos son los planes que para este fin se propone en su economía inefable. Se levantan en

en los corazones de los cristianos. Vengo á ser, aunque para ello me considero muy insuficiente, el panegirista del gran Felipe Neri.

Ciertamente, señores, no oireis de mis labios un discurso clásico, ornado con los elegantes giros, ni con la galanura de estilo á que se presta nuestra española habla; nó, porque ni para ello alcanza mi pobre inteligencia, sino que con un estilo sencillo, y con el lenguaje propio solamente de la sinceridad del corazón, vengo á poner á vuestra vista, bien que contornado á grandes pinceladas, el magnífico cuadro de su vida. Pero quiero llamar vuestra atencion, principalmente, sobre su humildad: quiero probaros con su ejemplo, que sin una humildad profunda, jamas puede existir aquella verdadera santidad por la cual son honrados los justos como amigos de Dios. *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.*”

¡Ah, señores! mi empresa es demasiado difícil, ella excede incomparablemente á mis fuerzas, y yo que no soy sino la miseria y la ignorancia, no me atreveria á pronunciar palabra alguna, si no supiera que para ello me habia de auxiliar el espíritu de Dios. Oh! yo así lo creo y así la espero, y así como lo creo y espero, así lo pido humildemente por la intercesion de la Inmaculada Virgen Santísima.

AVE MARÍA.

contra de la religion del Crucificado, un Lutero y un Cramer, difundiendo los errores de la impiedad, y Dios Nuestro Señor hace que aparezca un San Ignacio de Loyola, oponiendo una rémora invencible á sus esfuerzos, estableciendo una verdadera milicia de Jesucristo; quiero decir, la Compañía de Jesus. Vienen luego un Bucero y un Melancton, tomando á su cargo la enseñanza de doctrinas falsas, y en cambio un San Francisco Javier emprende con feliz éxito la mision de Indias. Aparecen, por fin, un Calvino, un Pistorio y un Kidey, y San Felipe Neri funda la Orden de la Trinidad, que más tarde se llamó del Oratorio; y así el orgullo de los rebeldes fué abatido por la humildad de los justos, y por los esfuerzos de estas falanges de invencibles batalladores de Cristo: el emblema sacrosanto de nuestra Redencion ondea victorioso á la faz del mundo entero, y en vez de los ayes plañideros en que con justicia hubieran prorumpido los hijos de la Iglesia, si hubieran visto á su querida madre convertida en cadáver, no se oyen sino las aclamaciones del más santo y puro entusiasmo, cuando la contemplan radiante de gloria; y cada corazon católico es un monumento consagrado á la memoria de los héroes del cristianismo, entre los que figura en primera línea nuestro santo: *Nimis honorificati sunt amici tui Deus.*"

Y no es solo esto..... Pero ¿para qué detenernos mas en admirar los lejanos destellos de su gloria? ¿Para

qué fijar nuestra vista en las hermosas huellas de sus pasos y contemplarlo en su accion maravillosa en el mundo? Ahí le tenemos delante: mirémosle en su propia personalidad histórica, y el brillo de su santidad nos hará caer de rodillas á sus plantas. ¡Ah, señores! Cuando yo le contemplo, siento no sé qué santo respeto y estremecimiento que se apodera de mí, y hasta paréceme sentir sobre mi frente el suavísimo soplo de su aliento.....!

Pues bien, señores, Felipe era niño aún y ya se descubrian en su alma rasgos muy grandes de una virtud perfecta, fué luego jóven, y con su edad, su virtud progresaba. Sus padres quisieron dedicarlo al desempeño de negocios seculares; pero él abandonó tales negocios seculares, y, lleno de abnegacion, renunció á los bienes todos de que debia ser heredero único y sucesor legítimo; y quiso que la pobreza, y más que todo, la humildad, fueran su único tesoro. ¡Oh, y con cuánta razon amaba nuestro santo á esta virtud santísima! pues ella, la virtud sin énfasis, es la santidad sin alarde y la humillacion sin bajeza.

Partió luego para Roma, y ahí emprendió con brillantes éxito la carrera de las letras. Y cuántas veces vería arder el fuego de su imaginacion en sonrientes y halagüeñas ilusiones, viendo quizá no muy lejano un pervenir de gloria mundanal.....! Así debe haber sido, pues recorría sus venas la sávia de una jóven vida; pero él jamás se dejó seducir por los halagos

del mundo: él reposaba constantemente su espíritu, y durante su vida aquí en la tierra, no parecia, sino que mientras que con una de sus plantas hollaba las fementidas grandezas de este mundo, con la otra tocaba ya los umbrales de la eterna dicha.

Pobre vivia nuestro santo, pues queda dicho que abdicó voluntariamente todos sus bienes, y sin otros tesoros que aquellos que la pobreza evangélica, unida á la caridad cristiana, suministra en las grandes empresas, fundó una cofradía para el socorro de los necesitados, y en este primer proyecto de su celo incomparable, manifestó su suma prudencia y su alta capacidad para este género de fundaciones. Y en esta bendita congregacion que llevaba por nombre el del Augusto misterio de la Trinidad Divina, fué donde florecieron un Baronio, un Jáuregui, un Fuccio y tantos otros ilustres barones, cuyo solo relato no me sería posible hacer en estos breves instantes; y Felipe se llamó entonces, y con razon, el *Apóstol de Roma*.

En esto contaba ya nuestro Santo treinta años de su edad, cuando se vió precisado, por mandato de su superior espiritual, á recibir los órdenes sagrados. Era entonces tal su fervor que en éxtasis de celestial arrobamiento permanecia horas enteras celebrando el augusto sacrificio del altar.

Roma misma, fué testigo de un acontecimiento capaz de conmover al corazon más indiferente. Sentíase cierta vez, al terminar la celebracion del

Santo Sacrificio, inflamado en deseos tan grandes de amar más y más á Dios Nuestro Señor, que su pecho no pudiendo ya contener á su propio corazon, que se dilataba por el fuego de la caridad, se le rompió de improviso y con estruendo, dando así amplio campo á sus movimientos.

Se dedicó en los últimos años de su vida, con un tezon infatigable á la salvacion de las almas; por lo que bien se puede decir de Felipe que fué un héroe que no ambicionó mas gloria que la de Dios, y que hallaba suficientemente recompensados sus trabajos con el bien que impartia á sus prójimos. Y lleno así de virtudes, y lleno de méritos para la vida eterna, voló por fin su espíritu á la mansion de los escogidos. Y el siglo que vió al sacrosanto Concilio Tridentino, terminar sus sesiones, y el siglo que vió florecer en su cuna á un Francisco Javier, á un S. Francisco de Sales y á un San Ignacio de Loyola, vió tambien cerrar sus ojos á la luz de este mundo, á un San Felipe Neri, el veintiseis de Mayo, de su año nonagésimo quinto.

Habreis ya observado, que si bien en todos estos hechos de Felipe, que son algunos de los más resaltantes de su vida, aparecen sus virtudes heroicas, la que más brilla entre todas, es su humildad. Él era verdaderamente sabio y su saber debia resplandecer en las aulas y en las universidades, pero tenia á mayor honra el enseñar el catecismo, á la gente rústica. No habia recibido los sagrados órdenes, porque

se resistia su humildad; pero así lo manda su superior espiritual, y á ello lo impele la misma virtud. El reglamento que prescribió á sus asociados era el reglamento de su propia vida; y en él manda la humildad más profunda como el alma que debía animar á su congregacion, y quiere que sus socios renuncien á las dignidades eclesiásticas, á excepcion de un mandato expreso del Sumo Pontífice. Y todo esto, por qué! ¡Ah, señores! porque él era un hombre verdaderamente espiritual y comprendia perfectamente que sin humildad, no puede haber verdadera santidad: que no hay otra grandeza fuera de aquella que es tal en la presencia de Dios, y que en la presencia de Dios, no hay otra fuera de la humildad. Yo recuerdo ahora, y no puedo menos de hacerlo así, aquel célebre testimonio del genio inmortal de Hipona: "Quieres ser grande, pues sé humilde." *Magnus esse vis? et animo incipe, de fundamento prius cogita humilitatis.....*

Hé concluido, señores. Os he presentado pruebas de hecho, y por lo mismo incontrastables, en favor de la proposicion que senté al principio de mi discurso. ¡Ojalá y estos hechos hayan hablado á vuestros corazones! ¡Ojalá, y mi pobre voz tan débil, haya encontrado un eco en vuestras almas! Quiera Dios, que de hoy más en adelante, quede fija en vuestros corazones esta máxima: que no podemos ser santos sin ser humildes. Quiera Dios, en fin, que San Felipe Neri sea el mo-

delo de nuestra humildad aquí en la tierra, para que merezcamos como él, ser honrados como amigos de Dios allá en el cielo.

FIAT.



DEFUNCIONES.

En 8 de mayo del corriente año, falleció en Tepatitlan el Sr. Presbítero D. José María Gonzalez. Y el 4 del presente mes, el Sr. cura propio de Nochistlan, D. Isidro Argüelles.

R. I. P.

RECTIFICACION.

En la línea 11, página 3.^o del número anterior, se lee *sobrenatural*, y debe decir *natural*.

Además, publicamos hoy, completo el prólogo, que no lo estaba, sin perjuicio de las cuatro páginas ofrecidas.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga, (Responsable.)

TOM. 3.

Guadalajara, Setiembre 8 de 1880.

NUM 3.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEON XIII, Á LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS TODOS DEL ORBE CATÓLICO, QUE ESTÁN EN GRACIA Y COMUNION CON LA SEDE APOSTÓLICA.

(Concluye.)

De esta fuente han nacido toda clase de males, no solo para las familias en particular, más tambien para las sociedades. Desechado el santo temor de Dios, olvidado el cumplimiento de los deberes, tan recomendado por la religion cristiana, frecuentemente sucede lo que naturalmente debe suceder, que apenas parezcan soportables las obligaciones del matrimonio y quieran muchos librarse del vínculo que creen impuesto por derecho humano, cuando la desigualdad de genios, ó la discordia entre ambos, ó la fé violadas ó el consentimiento de ambos, ú otras causas, les mueve á desear esa libertad. Y si por acaso se les prohíbe por la ley satisfacer estos inicuos deseos, entonces claman contra las leyes, diciendo que son inhumanas y repugnantes al derecho de los ciudadanos libres, que

deben abrogarse y sustituirse con otras suaves que permitan el divorcio.

Los legisladores de nuestros tiempos, manifestándose tenaces defensores del derecho de los príncipes, no pueden defenderse contra tanta perversidad, y ésto aunque lo quieran eficazmente; no teniendo más remedio que ceder á las circunstancias de los tiempos y permitir la facultad del divorcio, como lo comprueba la misma historia. Pasando por alto otros ejemplos, á fines del último siglo, durante la revolucion francesa, cuando toda la sociedad era profanada por su alejamiento de Dios, se decretaron por válidas y firmes las separaciones habidas entre los cónyuges. Y eso mismo quisieran muchos en nuestro tiempo, por lo mismo que quieren quitar de él el medio á Dios y á su Iglesia, separándolos de la union conyugal, pensando neciamente que el remedio eficaz contra la corrupcion de costumbres, ha de buscarse en las leyes humanas.

Cuanta materia de males y desgracias traigan en pos de sí los divorcios, apenas se pueden explicar. Por causa de ellos se hacen mudables y variables los derechos maritales, se debilita la mutua benevolencia, se dá ocasion perniciosa á la infidelidad, se daña al cuidado y educacion de los hijos, se abre la puerta á la disolucion de los matrimonios, se siembra la semilla de la discordia entre las